

## CAPÍTULO II

Carlos la observaba fijamente con los brazos cruzados sobre su pecho y expresión dura. La primera vez que la había visto, pensó que era ilógico que alguien tan insignificante tuviese tanto poder. Era evidente que no era su persona lo que tanto preocupaba a los acosadores, sino aquello que pudiese llegar a descubrir; al fin y al cabo, en eso consistía su trabajo.

Paula apenas media más de un metro y sesenta centímetros. De complexión delgada, lucía una melena color castaño que siempre se recogía en una coleta mientras trabajaba. Vestía invariablemente con ropa deportiva; su trabajo lo requería. Aparentaba menos edad de la que tenía. Caminando era apenas imperceptible, su persona no llamaba la atención, pero cuando se colgaba de su arnés parecía que volaba sobre la Basílica.

«¿Qué busca? ¿Qué demonios hace una chica colgada de unos arneses como si de una circense se tratara? ¿Qué secretos esconden estos muros? ¿Acaso los escultores conocían un código arcano, y esa pequeña y frágil mujer pretende desvelar el secreto de los antiguos maestros? No lo creo; esto es una farsa, pero debo protegerla. Es mi trabajo», pensaba mientras la observaba.

Paula seguía garabateando en su cuaderno intentando descifrar el mensaje. Ordenaba las palabras en diferentes

combinaciones. No encontraba la conexión y eso la tenía desesperada. Inesperadamente, el mensaje tomó sentido ante sus ojos.

–*In verso* no hace referencia a un verso, sino al camino. El camino es precisamente lo que estoy buscando. *Laten* significa oculto, y *Circumsidunt* estoy segura de que quiere decir contrario o inverso. «El camino inverso que se mantiene oculto». ¡¡¡Por fin lo he descifrado!!! – gritó Paula fuera de sí.

Carlos seguía absorto en sus pensamientos cuando observó cómo la cara de la muchacha se iluminaba y, acto seguido, iniciaba una carrera ascendiendo a toda velocidad por las escaleras que dirigían hacia la plataforma donde tenían preparado todo su equipo. Su intuición hizo que se pusiera inmediatamente alerta, y la siguió rápidamente intentando predecir sus próximos movimientos.

«Desde luego, está en buena forma», pensó mientras la observaba correr por las angostas escaleras.

–¡¡¡Lo tengo, lo tengo!!! Rápido, Luis, prepara el equipo –gritó Paula.

A sesenta metros de altura, Luis corría de un lado para otro, preparando todo el material necesario para su descenso.

–Luis, prepara la grúa. Voy a bajar.

Ella seguía subiendo y corriendo por las escaleras metálicas, mientras se apretaba las correas del arnés que tenía entre sus piernas.

–¡Atención! –ordenó el capitán por su *manos libres* al resto de su equipo–. ¡Todos alerta!

Carlos había reclutado un pequeño equipo que le daba apoyo en esta misión. Lo configuraban tres personas, entre ellos, el cabo Mario Sánchez, miembro del SAR, y Carla Muñoz, miembro de los GEOS y experta en rescates; el tercero era un miembro de la policía científica que se encargaba de analizar y tratar de hallar pistas en los escritos de amenaza.

–Date prisa, Luis. No perdamos más tiempo, necesito comprobarlo con mis propios ojos.

Luis sabía lo que significaba, y rápidamente le colocó las correas alrededor de la cintura y enganchó los anclajes a la grúa. Carlos lo miraba con cara de preocupación. Todo estaba sucediendo demasiado rápido y precipitado.

–Creo que lo tengo, Luis –le gritaba casi sin aliento–. El camino inverso; lo estaba observando al revés. Tengo que saber si estoy en lo cierto. Ayúdame a bajar.

–Espera un momento, Paula, no estás siguiendo el protocolo de seguridad, apenas me has dado tiempo para prepararlo todo correctamente –le advirtió Luis, alarmado.

–No hay tiempo que perder. Maldita sea, bájame ahora mismo.

–Está bien, pero no te balancees demasiado. Esto no me gusta nada.

Paula se enfiló a la barandilla y empezó a descender a una velocidad inusual. Luis le grito desde lo alto:

–¡Paula, por favor, baja con cuidado! Intenta buscar algún punto de anclaje para asegurarte antes de balancearte.

Carlos acababa de llegar junto a Luis y observaba lo que parecía una caída libre de la joven. Luis estaba demasiado preocupado por ella, así que le miró unos segundos a la cara, y no acertó ni siquiera a preguntar quién era.

–¡Se va a hacer daño! ¡Prepárame otro arnés inmediatamente! –ordenó con voz totalmente autoritaria.

–¿Cómo? ¿Quién es usted y qué hace aquí? –le preguntó Luis mientras volvía a mirar hacia abajo para asegurarse de que Paula seguía colgada de su arnés.

–Soy el jefe de seguridad y el escolta de esa insensata que acaba de descolgarse –le espetó con total virulencia, a la vez que le mostraba la credencial militar que llevaba colgada en el cuello. Se la puso tan cerca de la nariz que apenas pudo leer lo que ponía.

–¿Jefe de seguridad? ¿De qué demonios está hablando?

Ambos se quedaron petrificados al ver lo que estaba sucediendo. Paula estaba dando la vuelta sobre sí misma, invirtiendo su cuerpo. Intentaba voltearse sobre su cabeza para mirar la inscripción más de cerca.

Ambos la miraban atónitos.

–¡Paula, nooooo! –le gritó Luis.

–¡Prepárame un equipo inmediatamente! ¡Ahora! –le ordenó.

Luis no entendía nada y apenas podía reaccionar. Miraba hacia abajo y rezaba por que lo inminente no sucediera. Sabía que no había preparado el equipo adecuado. Con las prisas, Paula solo estaba sujeta a un arnés de descenso y con un solo punto de anclaje a la grúa que la sujetaba desde la plataforma.

Paula se había volteado totalmente y su arnés había cedido entre sus estrechas caderas. El golpe de su cabeza contra la dura piedra hizo retumbar toda la basílica. Carlos la miró alarmado.

–Rápido, mi arnés –y se lo arrebató violentamente de las manos. Se lo colocó a toda prisa y saltó literalmente de la plataforma para bajar a toda velocidad a rescatarla.

Paula se encontraba colgada boca abajo con una ceja desgarrada y un corte muy profundo en el hombro. Se tambaleaba como una muñeca de trapo mientras intentaba no caer al vacío. Carlos bajaba, seguro, hacia ella, directo hacia su objetivo.

«Por favor, niña, aguanta», se decía a sí mismo.

Él avanzaba a toda prisa mientras Paula, en vez de intentar estabilizarse, aun sabiendo que su arnés la había dejado expuesta a una caída segura, intentaba asirse con sus manos a la pared. Se impulsaba suavemente con sus botas contra el friso, para poder quedar con su mirada totalmente invertida al suelo. No era consciente de la cantidad de sangre que estaba perdiendo.

–¡¡¡Nooooo!!! –gritó Paula.

Unos brazos fuertes y seguros la arrastraban hacia la verticalidad. Alguien tiró de ella justo en el segundo en el que estaba a punto de descubrir el punto de conexión entre el pilar y la inscripción.

–¡¡¡Nooo!!! –volvió a gritar–. Suéltame. Lo tengo, lo tengo, déjame bajar –Paula se revolvía como una serpiente en sus brazos.

–¡Luis, Luis... Luis, no me subas! –gritaba desesperada.

–¡Maldita sea, suéltame! ¡Suéltame, por favor! ¡No me toques!

Entonces, Paula colocó sus manos en el anclaje de su arnés y miró a los ojos del desconocido que la tenía totalmente inmovilizada y, con gesto amenazante, le advirtió:

–Suéltame o me dejas caer al vacío.

Carlos ni siquiera se inmutó ante su amenaza y, en un movimiento rápido y certero, liberó su anclaje y lo intercambió inmediatamente con el de ella. Ahora era él quien dominaba la situación. Su experiencia como rescatador le hizo entrelazar los dos arneses y llevar a Paula a una posición segura. Sin darle tiempo a reaccionar, giró su pequeño cuerpo y la inmovilizó contra su pecho, mientras la sujetaba fuertemente entre sus brazos.

No escuchó sus súplicas e ignoró las lágrimas de rabia que inundaban sus ojos, mientras ella golpeaba con sus puños el férreo e imperturbable pecho del capitán. Luchaba con todas sus fuerzas contra aquel desconocido que la arrastraba hacia el suelo.

Él la llevó, impasible, hasta la base de la Basílica. Con su *manos libres* se comunicó con el resto de su equipo y, mientras descendía con ella entre sus brazos, ordenó rápidamente que se personara un equipo médico de urgencia.

–¡Rápido, la chica está herida! Que entre el equipo médico, quiero dos personas cubriendo las entradas y salidas. Sufre un golpe contundente en la frente y una laceración grave en el hombro. ¡Repito! ¡Inmediata evacuación médica!

Paula tenía su rostro a escasos centímetros de él. Lo escuchaba hablar de manera autoritaria.

–Luis, por favor, no lo escuches. Súbeme de nuevo. Por favor, creo que lo he descubierto, no me dejes bajar –la voz de Paula temblaba y parecía, más bien, un quejido, como de una niña pequeña a punto de quebrarse por el llanto–. Por favor, Luis, súbeme –imploró por última vez.

Continuaba luchando por liberarse y agotaba su último aliento para suplicar a Luis que volviese a izarla. El capitán levantó la cara de Paula con violencia y la obligó a mirarle a los ojos. Por primera vez, sus miradas se cruzaron. Paula observó la frialdad de su mirada, mientras él continuaba su camino hacia el suelo.

–Por favor, no me bajes. He encontrado lo que estoy buscando, déjame volver a subir –le rogó, sin darse cuenta de que sollozaba.

Él la miró a los ojos y pasó su mano por su frente.

–Estás sangrando, pequeña, debes volver.

–¡Nooo! –gritó histérica, y empezó a revolverse de nuevo, luchando con todas sus fuerzas por liberarse de él.

Pero ya no había nada que hacer. La depositó en el suelo, liberó rápidamente su arnés del suyo e hizo un gesto que a ella le pareció totalmente inusual. Carlos miró hacia arriba y alzó su brazo, mientras giraba su mano haciendo gestos con los dedos, indicando que ya podía volver a subir el arnés. Era el argot de los rescata-dores. Luis lo conocía perfectamente.

Paula no daba crédito a lo que estaba pasando. En cuanto sintió que el aire volvía a sus pulmones y el cuerpo de ese desconocido dejaba de aplastarla, exhaló una bocanada de aire y sintió la necesidad de gritar.

–¡Suéltame! ¡Aléjate de mí! ¡No me toques!

Él la miraba sin ningún atisbo de consideración, ajeno a sus requerimientos. La examinaba como si fuese un trozo de carne. Sus manos recorrían su cabeza; le retiró el pelo para poder observar dónde se había producido el golpe y evaluaba su estado mientras comunicaba con el *manos libres* la importancia de las heridas.

Paula le miraba, boquiabierta, mientras su cabeza daba vueltas con esa extraña sensación que se produce en aquellos sueños en los que gritas y la voz no emerge de tu garganta. Continuaba examinándola, mientras con sus manos recorría su cuerpo en busca de lesiones.

–Tiene un corte profundo en la ceja. Necesita puntos de sutura. Está perdiendo mucha sangre. Cambio. También tiene una laceración grave en el hombro. Cambio.

Paula seguía sin poder creer lo que sucedía, quería gritar y respirar... necesitaba reaccionar. Retrocedió un paso hacia atrás y se liberó de él.

–¡Suéltame, no me toques! –le gritó.

Ahora era él quien miraba atónito a ese pequeño ser enloquecido. Paula sintió que podía volver a controlar las riendas de la situación.

–No te acerques a mí, quien quiera que seas. Luis, vuelve a subirme inmediatamente –ordenó de manera tajante a su ayudante–. ¡Luis, te lo ordeno! ¡Súbeme!

En ese momento, entró en el recinto un equipo de emergencias. Un médico y una enfermera se acercaron a ella para tumbarla en una camilla. Paula se revolvió y los apartó a manotazos, rechazando la ayuda que le prestaban.

–Luis, no sé quién es toda esta gente. Dime qué está pasando.

Carlos estaba frente a ella con las manos en sus caderas. No quería volver a asustarla, así que le tendió la mano, mientras moderaba su tono de voz, para dirigirse a ella con suma cautela.

–Paula, vas a desmayarte. Tienes una herida muy profunda en la frente y estás perdiendo mucha sangre. En unos minutos perderás el conocimiento. No puedes volver a subir.

–¡Has hecho que pierda tres meses de trabajo! –le gritó histérica–. No sé quién eres, pero aléjate de mí. Voy a volver a subir y tú no me lo vas a impedir.

Paula volvió a colocarse el arnés mientras Carlos la miraba en posición de alerta. Evitó volver a invadirla mientras ella exigía, enloquecidamente, que volvieran a subirla. Tan solo pasaron dos minutos hasta que levantó la cabeza para mirar la cúpula y todo se nubló ante su vista.

Carlos avanzó dos zancadas y extendió los brazos para sostenerla, evitando que se desplomase contra el suelo.

La sintió caer y la sostuvo entre sus brazos. Era más frágil de lo que pensaba, extremadamente liviana. Sintió una punzada en el pecho por no haber evitado esa situación, pero ella era tan salvaje y tan independiente que dejó que se debatiera entre la rabia y la lucha por seguir adelante hasta caer exhausta y desangrada en sus brazos.

Mientras el equipo médico se ocupaba de ella, algo llamó extremadamente su atención. Parecía casi imperceptible a simple vista, pero su instinto militar y los años